



## IV

## PRESENTIMIENTOS

D. LUIS.-ELVIRA.-DON PEDRO.-EL ALMA EN PENA.

uestra de lejos la dicha  
tanto encontrado fanal,  
que ignora el hombre ofuscado  
en dónde la dicha está.

Hacia la luz más cercana  
corre con íntimo afán,  
y aunque al llegar ve el engaño  
de su resplandor falaz,  
dobla rebelde su empeño,  
y con resuelto ademán  
sigue el rastro de otra lumbre  
que resurge más allá;  
y así van muriendo dichas,  
y antorchas naciendo van,  
y el hombre las sigue todas,  
al lado de cada cual  
suspira, llora y alienta,  
para correr más y más.

Por eso don Luis el día  
de su brillante sponsal,  
cuanto más se acerca al gusto  
lo ve desde más atrás;  
que es atributo preciso  
de nuestra estrella fatal,  
que el placer que vimos lejos,  
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces  
alguna sombra tenaz  
que sigue á su mente inquieta  
como el acero al imán,  
pues siendo un ser increado,  
fantásticamente real,  
va y viene con terco empeño  
donde don Luis viene y va.  
Confuso embrión de envidias,  
de celos y de maldad,  
de oscuros presentimientos  
tan pródigo manantial,  
que cuando á su amante Elvira  
torna risueño la faz,  
sólo mira en ella á un áspid,  
que va en su pecho á abrigar.  
Norte de desconfianzas,

brújula de enemistad,  
pues ve pasar receloso,  
con la inquietud de un rival,  
á todo el que en tono alegre,  
en la apariencia galán,  
canta de su esposa Elvira  
la peregrina beldad,  
y hasta el disímulo observa,  
más receloso quizá,  
de cuantos viendo su dicha  
indiferentes están,  
odiando, hecho un caos su juicio  
del más insondable mar,  
á unos porque más hablan,  
y á otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre  
que levantando un altar  
donde el afán acumula  
de toda su larga edad,  
la inquietud de algún recelo,  
el sinsabor de un azar,  
le impelen á que destruce  
sus ídolos suspicaz,  
viendo miserablemente  
entre sus plantas rodar  
el fruto de tantos años,  
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres  
devora á don Luis un mal  
de origen desconocido,  
pero de aguda entidad,  
que en el ardor de su fiebre  
no acierta á calificar,  
pues sólo ha visto una sombra,  
pero una sombra no más,  
que era quizá la de Irene,  
si no era un ángel quizá,  
la que de su mente ciega  
se esfuerza por desechar:

y así entre dudas confuso,  
de distinguirla incapaz,  
ahogando presentimientos,  
ríe en su fiesta nupcial,  
trocada en infierno el alma,  
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto  
en algazara infernal:  
ya de la excitante orquesta  
al voluptuoso compás,  
ya en el festín descocado,  
en impura bacanal,  
de copas y de botellas  
al atronador chocar,  
unos bailan, y otros gritan,  
porque en orgía tan brutal  
nadie ignora que sin tregua  
manda la necesidad  
gritar mientras que haya acento,  
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos  
busque la felicidad,  
y crea ver en los rostros  
de Elvira y don Luis la paz,  
mientras que aquélla forjando  
algún sacrilego plan,  
se cubre de la sonrisa  
con el mentido disfraz,  
y éste las llagas oculta  
de un invisible puñal  
que el corazón lentamente  
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,  
que le desconciertan más,  
pretende huir la zozobra  
de un recelo pertinaz,  
que le conduce, abismado,  
y le arrastra á su pesar  
donde don Pedro de Lara  
camina con torva faz,  
ya hacia abajo, ya hacia arriba,  
ora adelante, ora atrás;  
y en vano don Luis procura  
los ojos de él apartar,  
pues le persigue, llevado  
de su celosa ansiedad,  
cual si el poder le arrastrara  
de un secreto talismán;  
y si una vez por acaso  
el rostro vuelve al pasar,

otra vez vuelve, y le mira  
con más chocante ademán,  
pues le parece que al punto  
cruza el aire una deidad  
que le murmura al oído:  
— «Allí va Lara, allí va.» —

Y si es cierto que las sombras  
de los que murieron ya  
á cuantos seres amaron  
vuelven á la tierra á amar,  
sin que ellos tengan noticia  
de su constante amistad,  
pues sólo las ven soñando  
en lontananza pasar;  
tal vez los manes de Irene  
los que le avisan serán  
el doble trato de Elvira,  
de Lara la falsedad;  
y acaso también le inspiren  
aquel instinto especial  
con que sondea sus almas,  
cuando engañándole están,  
don Pedro fingiendo enojos,  
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,  
y como en giro cabal  
el sueño sigue al desvelo,  
y al gusto la saciedad,  
á dormitarse empezaron  
todos, cuál menos, cuál más,  
que lo que es grato al principio,  
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos  
la despedida mordaz,  
sus dicharachos comunes,  
y su ironía vulgar,  
tendió don Luis una mano  
á su adorada mitad,  
y de una puerta secreta  
al trasponer el umbral,  
en vano quiso de Irene  
la sombra tras sí dejar:  
pues á su espíritu asida,  
en tétrica vaguedad,  
le fué siguiendo, su pecho  
trocando en llama voraz;  
por lo que airado el de Castro  
de sí empezó á blasfemar,  
que del deber los recuerdos  
son para el hombre un dogal.



V

## ILUSIONES PERDIDAS

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Desde el dintel de la vida,  
hasta el borde de la tumba,  
va el hombre sembrando el germen  
de su dicha ó desventura.

Y en vano, si espinas coge,  
maldice la tierra inculta,  
pues creer que nace otro fruto  
más que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido  
mil esperanzas confusas,  
que son de mil desengaños  
tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros  
para que alumbren su ruta,  
y nubes de pensamientos  
sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre  
impreca á su suerte dura,  
é ignora que ayer sembraba  
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo  
los males de hoy nos anuncia,  
el de hoy podrá ser mañana  
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre  
á la Providencia injusta,  
si antes de entrar en la huesa  
volviese á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo  
de su pasada conducta,  
es fuerza que resignado  
don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene  
con sus engaños y dudas,  
y con sus dudas y engaños  
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden  
de sus agitadas nupcias,  
la soledad por testigo  
de sus confidencias buscan.

Y sólo en la oculta estancia  
se ve, á una luz moribunda,  
del blanco lecho en que duermen,  
el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra  
tocar así la ventura,  
y en ella á saciarse impuros  
todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,  
el que en horrible tortura  
mira usurpar el tesoro  
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso  
es cuando en la noche oscura  
voluptuosas escenas  
la imaginación dibuja,

y se ve á un ser adorado  
terciar amoroso en una,  
y que á un rival más dichoso  
besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces  
nuestro pensamiento cruza,  
de nuestro amor excitando  
reminiscencias oscuras,  
pues abrumados al peso  
de tan sabrosa coyunda,  
piensan en sus gustos solo  
hacer sus caricias mutuas,  
sin que un recuerdo consagren  
á nuestras glorias ya mustias,  
ni un don á nuestra constancia,  
ni un premio á nuestra ternura!

¡En vano en giro invisible  
allí nuestra mente lucha,  
y con añejas memorias  
desavenencias formula,  
porque dos almas, que el gusto  
recíprocamente auna,  
jamás de un voto el recuerdo  
sus contentamientos turba;  
y uno tras otro, extasiados,  
placer tras placer consuman,  
mientras que tristes nosotros  
ninguno enjugar procura  
las lágrimas que entretanto  
por nuestra faz se derrumban!  
¡Insoportable martirio,  
cuando, en postración tan suma,  
nuestra esperanza en el aire  
sombras acaso figura  
que venideros placeres  
tan sólo en sombras anuncian,  
mientras pasando la noche  
negra, silenciosa, augusta,  
con su soledad nos dice:

— «¡Jamás! ¡Imposible! ¡Nunca!!!»

Al ver inquietud tan honda,  
es de creer que en su angustia  
don Luis batalla en idea  
con un espectro sin duda.  
No halla del placer el colmo  
trabado en la lid impura,  
aunque al sentido estragado  
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira  
bese la boca de púrpura,  
y que ella á su vez le bese  
con amorosa ternura;

porque don Luis, hostigado  
por una sombra importuna,  
hozando, en vez de placeres,  
á tragos la hiel apura.

Imagen que á sus sentidos  
llamando con voces mudas,  
cual ser etéreo filtrado  
de su ser mismo en la hechura,  
yerta entumece sus miembros,  
dentro de sus venas pulsa,  
ciega la luz de sus ojos,  
y entre las sienas le zumba.

¿Quiénes serán esos seres  
que imperceptibles circulan,  
eternos verdugos siendo  
de nuestra humana natura,  
que ya de remordimientos  
el falso aspecto simulan,  
ya de pasados errores  
hoscoscos recuerdos apuntan?

¡Triste de él, cuando acudiendo  
de su impotencia en ayuda,  
don Luis se arroja del lecho  
en donde el placer repulsa,  
y ve deshacerse al aire  
sus dichas una por una,  
porque á la vez en su pecho  
amor y flaqueza luchan!  
¡Cuitado cuando tendiendo,  
desde el asiento que ocupa  
hacia la mesa en que débil  
la luz ilumina turbia,  
una mirada sombría,  
cuanto sombría iracunda,  
acierta á leer papeles  
de antiguas memorias tumba,  
rotos pedazos del alma,  
sombras de muertas venturas,  
frases de amor elocuentes,  
cifras de dolor sañudas,  
tal vez de Irene regadas  
con lágrimas de amargura!

— «¿A qué proseguís, impío,  
mi esperanza alimentando,  
si en vano os estoy, bien mío,  
noche tras noche esperando?»

«Si Dios les da el sufrimiento